

Personajes

Da izquierda a derecha: Sancho Panza, don Quijote, el barbero, el cura, el bachiller.





CAPÍTULO 1

Que trata de la condición del famoso hidalgo,
de la primera salida y de la graciosa manera
que tuvo don Quijote en armarse caballero.

E

n un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo vivía un hidalgo de los de lanza en ristre, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón casi todas las noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos. Era de complexión fuerte, seco de carnes y enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Se alimentaba y vestía pobemente y poseía un caballo flaco y un perro de caza. Tenía unos cincuenta años y como sobrenombre Quijada o Quesada. Vivían en su casa un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte.



Don Quijote de la Mancha

Los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, leía libros de caballerías con tanta afición y gusto, que se olvidó de la caza, que tanto le gustaba, e incluso de la administración de su casa, llegando a vender parte de sus tierras para comprar todos los libros de caballerías que encontraba.

Leía tanto que le pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio. Y así, de mucho leer y de poco dormir, se le secó el cerebro y perdió la razón. Se le llenó la cabeza de fantasías y disparates, y llegó a creer que las batallas, los desafíos, los amores y todas las invenciones que leía, eran verdaderas.

Cuando perdió completamente el juicio, le pareció necesario hacerse caballero andante, y partir por todo el mundo a buscar aventuras.

Lo primero que hizo fue limpiar unas armas que conservaba en el granero y que habían pertenecido a sus bisabuelos, e ir a ver a su caballo, que era piel y huesos, pero a él le pareció el mejor del mundo. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría, y finalmente lo llamó Rocinante.

Pasó otros ocho días pensando en un nombre para sí mismo, y decidió llamarse don Quijote, al que añadió «de la Mancha», para honrar a su patria.

Solo le faltaba una dama a quien rendir homenaje y ofrecerle todas sus victorias. Vivía cerca de allí una muchacha labradora, de la que un tiempo estuvo enamorado, aunque ella jamás lo supo. Se llamaba Aldonza Lorenzo y don Quijote le dio el título de princesa y señora de sus pensamientos, llamándola Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso.

Una calurosa mañana del mes de julio, sin decir nada a nadie, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, tomó su lanza y,

del año, leía
e olvidó de la
tracción de su
comprar todos
laro y los días
dormir, se le
de fantasías y
os, los amores
ció necesario
ndo a buscar
onservaba en
os, e ir a ver
eció el mejor
ué nombre le
a sí mismo, y
ancha», para
e y ofrecerle
abadora, de
ás lo supo. Se
o de princesa
l del Toboso,
da a nadie, se
ió su lanza y,

por la puerta falsa del corral, salió al campo, contentísimo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

Pero apenas se vio en el campo, tuvo un pensamiento terrible: según la ley de caballería, no podía ni debía combatir contra ningún caballero si antes no se hacía armar caballero, como se decía en los libros que él leía.

Así anduvo todo el día, y al anochecer, él y su caballo estaban muertos de hambre y de cansancio.

Vio una venta y fue como ver una estrella, pues le pareció que era un castillo con sus cuatro torres y su puente levadizo. Dos sirvientas que allí estaban le parecieron dos hermosas doncellas, las cuales, al verle tan extrañamente vestido, tuvieron miedo.

—No tengáis miedo, nobles damas e ilustres doncellas, mi único deseo es el de serviros.

Ellas, sintiéndose llamar damas, palabra tan lejos de su profesión, no pudieron contener la risa.

El ventero, hombre gordo y pacífico, viendo aquella figura tan extraña, se echó a reír, pero viendo que don Quijote empezaba a ofenderse le dijo:

—Si busca posada, aquí la hallará.

Don Quijote, creyendo que era el alcaide del castillo, le dijo:

—Señor, cualquier plato será suficiente, porque las armas son mi equipaje, las duras piedras mi cama y el combate mi descanso.

Las dos sirvientas le ayudaron a despojarse de su armadura, y él, pensando que eran algunas principales señoras de aquel castillo, les dijo con mucha gracia:

—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote

cuando de su aldea vino
doncellas curaban de él
princesas de su rocin.



Don Quijote de la Mancha

Terminada la cena, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, de rodillas le dijo:

—Esta noche, en la capilla de vuestro castillo, velaré las armas y mañana me habéis de armar caballero.

Como el ventero le tenía miedo, pues veía que estaba loco, al poco tiempo vino hasta él acompañado de las dos sirvientas y de un muchacho que traía una vela.

Le ordenó ponerse de rodillas, y murmurando plegarias inventadas, le dio un golpe con la espada en la espalda. Acabada la ceremonia, el ventero, sin pedirle dinero por el albergue, le dejó partir inmediatamente.

Era el alba cuando don Quijote salió de la venta muy contento de verse armado caballero. Se dirigía a casa porque pensaba que le hacía falta un buen escudero, cuando vio a un numeroso grupo de mercaderes de Toledo que iban a comprar seda a Murcia.

Pensó que eran caballeros y que iba a vivir una nueva aventura y les dijo:

—Alto, que nadie pase de aquí, si antes no declaráis que no existe en el mundo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, Dulcinea del Toboso.

Los mercaderes se pararon a mirar aquella extraña figura y comprendieron que estaba loco. Uno de ellos, un poco burlón, dijo:

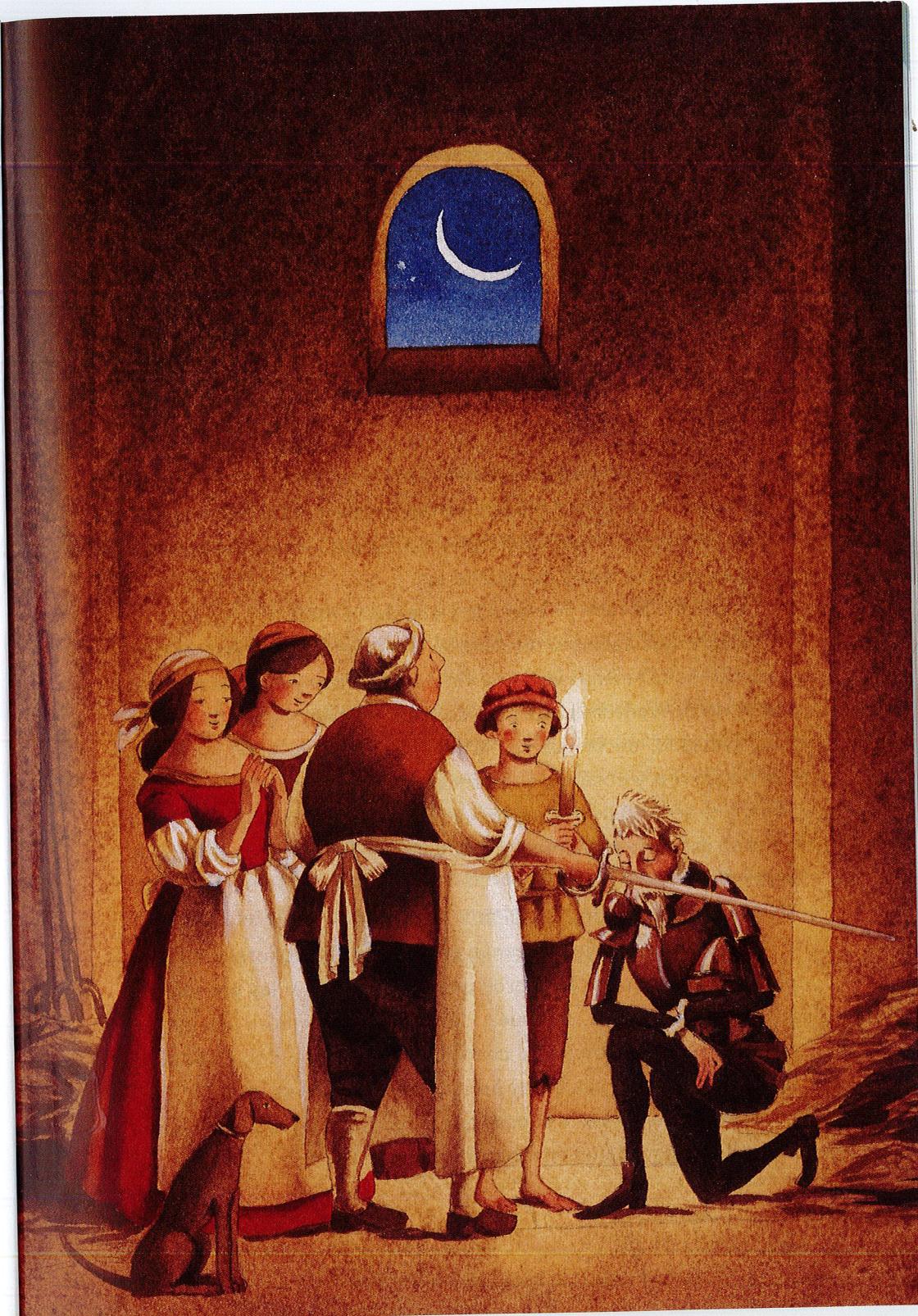
—Caballero, no conocemos a esa señora. Mostradnos algún retrato de ella que, aunque sea tuerta, para complaceros, diremos en su favor lo que queráis.

—No es tuerta, canalla, infame. ¡Pagaréis la gran blasfemia contra mi señora!

Y diciendo esto, agredió con la lanza al que había hablado.

Pero Rocinante tropezó y cayó al suelo con su amo. Un mozo de

ose con él en
aré las armas
staba loco, al
rvientas y de
do plegarias
alda. Acabada
ergue, le dejó
muy contento
ensaba que le
roso grupo de
ircia.
eiva aventura
claráis que no
iperatriz de la
raña figura y
o burlón, dijo:
adnos algún
ceros, diremos
ran blasfemia
hablado.
o. Un mozo de





Don Quijote de la Mancha

mulas cogió la lanza, la rompió, y con un pedazo empezó a pegarle dejándolo medio muerto, mientras don Quijote decía:

—¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Por casualidad, pasó por allí un labrador de su pueblo. Al conocerle, lo montó en su asno y lo llevó a su casa.

Era ya de noche y en casa de don Quijote estaban sus amigos, el cura y el barbero. Todos se lamentaban de su locura, y sabían que la causa eran los libros de caballerías.

La sobrina estaba de acuerdo y aun decía más:

—Tiene que saber, señor Nicolás —que este era el nombre del barbero— que muchas veces he visto a mi tío leer estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era la sangre de las heridas que había recibido en la batalla... La culpa de todo es mía por no haber avisado antes de los disparates de mi señor tío.

Todos tomaron una decisión.

Mientras don Quijote dormía, entraron en la biblioteca, tiraron por la ventana todos los libros que encontraron y les prendieron fuego en el corral. Después, levantaron un muro donde se encontraba la biblioteca. Al cabo de algunos días, don Quijote se levantó y fue a ver sus libros pero no encontró nada.

El ama y la sobrina le dijeron que la habitación y todos los libros se los había llevado un encantador llamado Frestón.

—Bien pu
enemigo mí

Estuvo q
dos amigos.

Entretan
(si es que e
poca sal er
saliera con
gobernador
promesas y
labrador) de
de su vecin

Don Quij
Recomendó
iba a llevar

Hicieron
mujer, ni dc
lugar sin qu
estaban seg
Iba Sancho
alforjas y su
la ínsula qu

CAPÍTULO 1

zó a pegarle
pueblo. Al
s amigos, el
· sabían que
nombre del
desalmados
ndo estaba
antes como
ecía que era
a... La culpa
.rates de mi
eca, tiraron
prendieron
· donde se
· Quijote se
os los libros

—Bien puede ser —dijo don Quijote— ese es un sabio, grande enemigo mío que me tiene ojeriza.

Estuvo quince días en su casa, tranquilo, conversando con sus dos amigos.

Entretanto, fue a casa de un vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera, para pedirle que fuera su escudero y saliera con él a buscar aventuras. Además le prometió hacerle gobernador de alguna de las islas que iba a conquistar. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó a su mujer y a sus hijos y se convirtió en el escudero de su vecino.

Don Quijote empezó a malvender sus cosas para reunir dinero. Recomendó a Sancho llevar alforjas y él le respondió que también iba a llevar su asno, ya que no estaba acostumbrado a andar.

Hicieron su equipaje y sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche salieron del lugar sin que nadie los viese. Caminaron tanto que, al amanecer, estaban seguros de que no los encontrarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota¹, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido.

1. **bota**: recipiente para vino hecho de cuero.